Consejo Nacional de la Cultura y las Artes
Gobierno de Chile

Sección de Estudios
Observatorio Cultural

EDICIÓN Nº1

Consejo Nacional de Cultura y las Artes

OBSERVATORIO CULTURAL

En este número:

* LA LECTURA Y EL LIBRO EN LA ENCRUCIJADA, Bernardo Subercaseaux
* PATRIMONIO CULTURAL MATERIAL, Lautaro Núñez
* CHILOÉ, REGIÓN DE LA MEMORIA, Renato Cárdenas

EDITORIAL

Presentamos aquí el primer número de *Observatorio cultural*, publicación mensual editada y coordinada por la Sección de Estudios del Consejo de la Cultura.

Observatorio cultural busca crear un espacio abierto a la reflexión sobre la cultura y las artes y se basa en la idea de que compartir información, promover el debate, escribir y publicar son actos y procesos básicos para la construcción crítica del conocimiento. Esto implica que los datos y cifras que resulten de las investigaciones tomarán más relevancia y serán útiles si se incluyen en argumentos, relatos y debates teóricos, prácticos y conceptuales.

Varios expertos serán invitados a escribir mensualmente sobre temas de interés, incorporando análisis y comentarios acerca de los estudios que se realizan en Chile en estas materias. Además de la mirada a nivel nacional,en cada número contaremos con un análisis regional, que incluye discusiones entorno a variadas temáticas, como son el patrimonio, la participación ciudadana, el rol del Estado, la educación artística, el libro, la música, etcétera. Incluimos también reseñas a publicaciones relacionadas con la discusión conceptual y práctica, y un espacio para compartir información útil publicada en internet.

Observatorio cultural nace como complemento a los *Reportes estadísticos* que desde la Sección de Estudios venimos editando desde hace unos meses. Los reportes son amigables y breves publicaciones sectoriales,de periodicidad quincenal, que entregan información estadística fiable acerca del desarrollo de las áreas artísticas y nutren el debate, sirviendo de insumo para la investigación y el análisis. Dichas cifrasson puestas aquí en tensión y movimiento, lo que nos permitirá asistir a una interpretación crítica y constructiva de los estudios realizados.

Agradecemos a Bernardo Subercaseaux, Lautaro Núñez y Renato Cárdenas por sumarse a esta invitación.

Jefe Sección de Estudios: Matías Zurita Prat
Coordinador Observatorio Cultural: Simón Palominos Mandiola
Editor Observatorio Cultural: Cristóbal Bianchi Geisse

Diseño y diagramación: Aracelli Salinas Vargas
Corrección de textos: Cristina Varas Largo

Contacto: estudios@cultura.gob.cl
Observatorio Cultural nº1, Mayo 2011, Valparaíso, Chile.

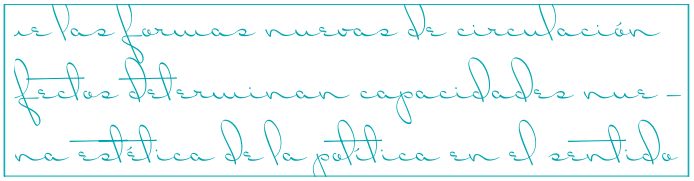
ÍNDICE

04 LA LECTURA Y EL LIBRO EN LA ENCRUCIJADA, Bernardo Subercaseaux

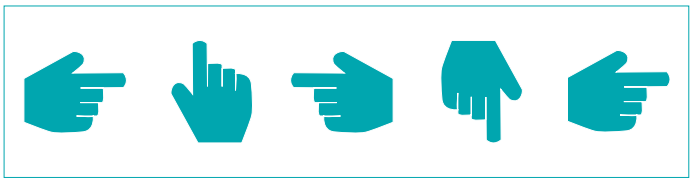
08 PATRIMONIO CULTURAL MATERIAL, Lautaro Núñez

14 CHILOÉ, REGIÓN DE LA MEMORIA, Renato Cárdenas

18 Reseña: EL ESPECTADOR EMANCIPADO, Jacques Rancière



20 VÍNCULOS Y SITIOS DE INTERÉS



Una vez más

La lectura y el libro en la encrucijada

BERNARDO SUBERCASEAUX
Profesor e investigador, Departamento de Literatura, Universidad de Chile.

¿Puede acaso afirmarse –en el 2011– que Chile es un país lector de libros, como lo fue en el pasado? Diversos estudios, entre ellos los realizados por el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, revelan más bien que no lo es y apuntan a problemas de arrastre en la educación en todos sus niveles, así como a la massmediatización por la vía de la imagen, la televisión e internet. Una encuesta sobre hábitos de lectura realizada en las 16 principales ciudades del país por Adimark para la Fundación Lafuente, en mayo y junio del año 2006, determinó que un 45% de los mayores de 18 años no lee libros en absoluto; y que un 34% son lectores ocasionales.

Por su parte, en el año 2009, el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, en la Segunda Encuesta Nacional de Participación y Consumo Cultural, basada en una muestra más amplia, detectó que el 59% de los encuestados no ha leído libros en el último año, y que en el rango etario de 15 a 29 años la razón por la que no leen es, en un 41,3%, porque **no les interesa** y en un 28,5%, por falta de tiempo. Finalmente, un sondeo realizado en diciembre del año 2009 con una muestra representativa de los residentes del Gran Santiago, reveló que un 53,9% no ha leído ni siquiera un libro durante los últimos doce meses. Las razones por las que no leen son, según esta encuesta, en casi un 60% la falta de tiempo y el **desinterés**. Se trata, en todos los estudios, de indicadores que muestran a una sociedad predominantemente no lectora (de libros), y desmotivada por esta práctica. Revelan además una muy baja valoración social del libro en comparación con otros medios. Las encuestas muestran también un aumento permanente en el uso de internet (qué duda cabe de que sí somos un país lector de textos por esta vía) y en el chateo, lo que implica el peligro de que se acentúe la ya débil comprensión lectora, no solo porque los alumnos lean cada vez menos libros, sino porque aumentan la lectura de mensajes breves, mal escritos y fraccionados, con la paradoja de que la alfabetización informática podría venir de la mano con una creciente analfabetización verbal convencional.

Sin duda, una de las raíces de una sociedad no lectora de libros está en la educación. De hecho la prueba Simce (Sistema de Medición de la Calidad de la Educación) del año 2008 por primera vez evaluó las habilidades no solo de lectura sino también de escritura de alumnos de cuarto básico, arrojando resultados decepcionantes. Si bien la última prueba Simce dada a conocer este año reveló indicadores de cierta mejoría, todavía se está muy por debajo de la mayoría de los países que integran la OCDE, en cuanto a indicadores de comprensión de lectura y de manejo de la lengua escrita. Además, los resultados de la prueba SIMCE, que se lleva a cabo en todo el país, reflejan diferencias entre grupos

socioeconómicos, al mostrar que los colegios municipalizados y subvencionados tienen por lo general los peores resultados. Los expertos coinciden en que si no se lee de manera regular en los primeros años, las posibilidades de comprensión y de desarrollo de la lectoescritura son muy reducidas. Aun más, hay encuestas que ponen en evidencia que incluso un número importante de profesores lee poco, lo que se manifiesta a veces en exigencias de lectura a los alumnos completamente inadecuadas para su edad, por ejemplo, pidiéndoles a alumnos de 8º básico que lean *La última niebla*, de María Luisa Bombal. Los escolares se relacionan, más que con libros, con textos de estudio, rara vez entran a una librería y menos aun compran libros (quienes los buscan y adquieren son sus apoderados). Los textos de estudio son para ellos una suerte de compendio que relacionan con determinado nivel escolar: los de segundo medio ya no les sirven en tercero, o quedan para el hermano chico. Para los estudiantes secundarios los libros encarnan una tarea y una obligación que requiere tiempo y paciencia (que es, precisamente, lo que internet les acostumbra a no tener). Leer un cuento o una novela es –con pocas excepciones– casi un castigo. Puede afirmarse, en síntesis, que a nivel escolar, en términos generales en el país (considerando también que hay excepciones) no se ha desarrollado una estrategia como la que se requiere para promover la lectura a lo largo del proceso educativo, empezando desde el niño, pasando por el adolescente y hasta llegar al adulto.

Población universitaria y el libro

¿Dónde está hoy día, en el año 2011, el público de lectores posibles y potenciales? Fundamentalmente en las universidades. Es en la etapa universitaria cuando se suele iniciar una relación personal y más permanente con los libros. Son los años en que se entra a las librerías, aunque sean de libros usados, se visitan por necesidad o por interés las bibliotecas, se piden libros y se los hojea, y en el mejor de los casos se los descubre y apropia, comenzando a leer por vocación o por placer, y hasta ocurre que algunos estudiantes inician la formación de una pequeña y rudimentaria biblioteca personal. ¿Qué pasa entonces con la población universitaria y los libros?

En las últimas dos décadas la población universitaria ha aumentado exponencialmente. Se estima que para el 2011 la matrícula sobrepasa los 900.000 estudiantes. Los libros son (todavía) el soporte por excelencia de todas las carreras que se estudian en la universidad, sean de las disciplinas científicas y técnicas (física, química, medicina, ingeniería, agronomía, biología, etcétera), como de las disciplinas sociales y humanistas (jurisprudencia, ciencias políticas, antropología, sicología, historia, filosofía, letras, lingüística), sin mencionar su importancia como soporte de la cultura general y de la expresión literaria y poética. Aun considerando que hay universidades de primera, de segunda y de tercera categoría, algunas acreditadas y otras que no, unas con grandes bibliotecas patrimoniales y otras con solo centenares o unos pocos miles de libros, aun considerando estas diferencias, es posible pensar que cada estudiante universitario debe (o debiera) leer en promedio veinte libros al año, lo que da –considerando la matricula actual– un total de 18.000.000 de libros.

Se trata de una cifra espectacular, superior incluso al número de libros que se editan cada dos años en el país. Corresponde sí a una cifra virtual, a un nicho de mercado posible pero que no es real. Lo que ocurre en la realidad es muy diferente. Por una parte, a través de préstamos bibliotecarios, varios estudiantes leen o trabajan con un mismo ejemplar. Por otra, los estudiantes universitarios en su abrumadora mayoría no leen libros, leen fotocopias, capítulos, secciones, fragmentos, artículos, hojas sueltas bajadas por internet. En definitiva, libros que no alcanzan a ser libros, que son solo textos.

El asunto tiene múltiples aristas, particularmente si consideramos que el libro es un objeto complejo: por una parte vehículo de pensamiento, de ideas y de creatividad, un bien de cultura y de educación irremplazable. Por otra, un producto material, hecho de papel impreso, que ha sido ilustrado, diseñado y encuadernado de determinada manera, un objeto concreto que se promociona, se fabrica, se vende, se

colecciona, se exporta y se consume, vale decir, un bien económico. Metafóricamente, entonces, el libro tiene alma y cuerpo, y ambos componentes están interrelacionados, por lo que el deterioro o bienestar de uno involucra al otro.

La relación con semilibros o con lonjas de libros implica carencias de distinta índole en la relación con el libro y en la práctica de la lectura. Es como amarse por correo electrónico: el alma se transmite pero el cuerpo no. Se trata de una mengua que también afecta a la industria y al mercado del libro y que termina por empobrecer la oferta editorial. La solución no es fácil. Desde el punto de vista de los estudiantes, la fotocopia "salva", como dicen ellos. También seguramente "salva" a los padres. Pagando aranceles y manutención, comprar los libros que necesitan sus hijos –aunque sean usados– les resulta una quimera. Desde el punto de vista de las universidades (sobre todo de las universidades privadas que tienen propósitos mercantiles), tener bibliotecas actualizadas con el número suficiente de ejemplares para una matrícula que aumenta año a año no parece ser un tema prioritario. Desde el punto de vista de los profesores, entregar una bibliografía indicando el número de páginas a leer resulta más operativo y da mayores garantías de cumplimiento que si el alumno tuviese que adquirir o pedir el libro en préstamo. Desde el punto de vista de las editoriales, libreros y distribuidores, la fotocopia –la reprografía, le llaman– los perjudica y obstaculiza el crecimiento y desarrollo del mercado del libro en el país. Una solución parcial es llevar a cabo lo realizado en países como Noruega, donde cada fotocopia paga un derecho que es recopilado por una entidad independiente, derechos que van a dar a la industria editorial y a los autores. Por esta vía se puede, con el tiempo –si se adoptan otras medidas y un trato preferencial para el libro– lograr una baja importante en los precios y una mayor oferta de títulos transformando así a la población universitaria en un público lector real de libros.

Los estudiantes universitarios también leen textos electrónicos. Con frecuencia lo hacen por una motivación informativa o funcional, para obtener referencias, datos o información. Cada vez más esta clase de lectura funcional se realiza en textos electrónicos a través de internet; varias editoriales utilizan el soporte electrónico o el CD-ROM para sus enciclopedias, diccionarios o libros de referencia. Otro tanto ocurre con las revistas de punta en las distintas disciplinas, publicaciones que cada vez más son asequibles *on line*. Es innegable que en el mundo contemporáneo la gran variedad de medios y recursos tecnológicos existentes han contribuido y seguirán contribuyendo al crecimiento cultural de la sociedad. Pero es innegable también que el libro continuará desempeñando en este plano una función insustituible. Hay quienes perciben en el libro un medio obsoleto y en retirada, argumentan que los bancos de datos y las máquinas de búsqueda tipo Google tienen hoy día, como fuente de información y ayuda, una capacidad considerablemente mayor de almacenamiento y rapidez que el libro. El problema es que este tipo de comparaciones descansa en una premisa errada. Aquella que presupone una equivalencia entre información y conocimiento.

En cuanto al texto electrónico, que el estudioso Roger Chartier considera como la tercera revolución del libro (luego del manuscrito y de la imprenta), todo indica que asistiremos a una coexistencia entre estos tres modos de inscripción y de comunicación de textos. Hipótesis bastante más razonable que aquella que sostiene que nos encontraríamos *ad portas* del colapso de la cultura escrita, o de aquella otra que anuncia con trompetas el advenimiento inmediato de una nueva era de las comunicaciones. Según Chartier, la historia de la lectura muestra que las mutaciones en el orden de las prácticas son a menudo más lentas que las revoluciones tecnológicas[1].

El Estado: un actor necesario

En la medida en que el mundo del libro está vinculado a la lectoescritura, a la producción y reproducción de conocimiento, a la creatividad

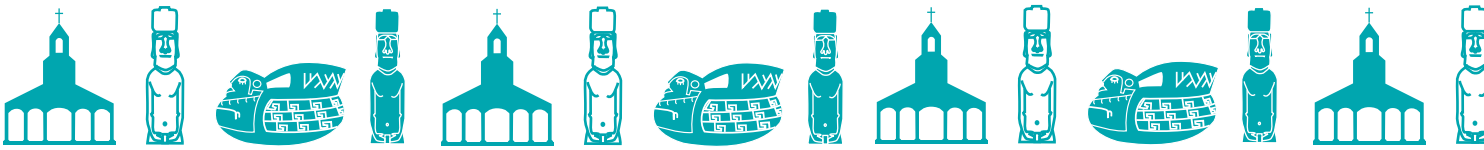
1 Chartier, Roger: *Histoire de la lecture dans le monde occidental,* París, 1995.

individual y social, a la educación y a la construcción de una sociedad en que exista igualdad de oportunidades, necesariamente requiere la acción del Estado.

Considerando lo desarrollado en términos de bibliotecas públicas, el programa de adquisición de libros para los Centros de Recursos de Aprendizaje del Mineduc, los bibliometros, los fondos concursables, el maletín literario (del que hasta hoy no sabemos si se le ha realizado un seguimiento) y el actual proyecto de promoción de la lectura que dirige Verónica Abud, todo apunta a una presencia del Estado como actor en el mundo del libro.
Se trata, sin embargo, de una presencia dispersa e insuficiente, sobre todo si se toma en cuenta lo planteado por un documento sobre Política Nacional del Libro y la Lectura, publicado en 2006; documento que emanó del propio Consejo Nacional de la Cultura y las Artes y que contó con el aval del ministro de Cultura de la época, José Weinstein. Documento que señala la necesidad de una nueva política para la lectura y el libro, una política sistémica e integral que involucre todas las etapas de la cadena del libro. Se plantea allí un conjunto de medidas y objetivos en el plano del **fomento de la lectura a través del libro** con un programa nacional continuo de fomento de la lectura: incrementar sustantivamente libros disponibles en bibliotecas públicas; subsidio para adquisiciones de libros chilenos científicos, académicos y técnicos; ampliación de las redes de bibliotecas municipales y públicas; vincular la acreditación de universidades con el cumplimiento de normas referidas a bibliotecas y reprografías; estimular convenios con medios masivos para fortalecer la presencia del libro y la creación chilena. También se incluyen medidas para impulsar la **edición, producción y comercialización de libros**: pago de IVA diferido en importaciones de libros; estudiar una posible rebaja del IVA a los libros; fomentar la publicación nacional de libros técnicos y científicos; favorecer con medidas fiscales y municipales a librerías dedicadas exclusivamente al comercio de libros; fortalecer el derecho de autor; instalar en ProChile un programa específico para la exportación de libros producidos en el país; fomentar el perfeccionamiento de profesionales relacionados con la cadena del libro. También, medidas para desarrollar la **creación**: potenciar concursos de edición de nuevas obras; reestructurar el jurado que otorga el Premio Nacional de Literatura; generar instancias de capacitación para traductores; impulsar talleres y concursos literarios a nivel comunal; apoyar la creación de revistas y publicaciones de difusión y crítica literaria y cultural, así como blogs y páginas web. Además, medidas para preservar y difundir el patrimonio literario, bibliográfico y documental: crear un fondo de adquisiciones para manuscritos y objetos literarios de valor patrimonial; ampliar la colección en soporte sonoro de la tradición oral y del patrimonio lingüístico de pueblos originarios; crear una línea de proyectos del Fondo del Libro y la Lectura que apoye iniciativas de conservación y restauración del patrimonio bibliográfico. Por último, se plantean medidas para mejorar la **institucionalidad del libro**: modificar Ley 19.227 de 1993, en términos de explicitar una política de bibliotecas públicas, de fomento a la industria editorial nacional, de depósito legal y de Ley de propiedad intelectual 17.336, de administración de ISBN coordinándose con el Mineduc para implementar un sistema permanente de estudios y estadísticas en el ámbito de la lectura y el libro.

Hasta la fecha no se ha aplicado prácticamente ninguna de estas propuestas, las que fueron llevadas a cabo por un organismo que pertenece al Estado y que vela por las políticas públicas en ese sector.
Todo indica que, en las postrimerías del Bicentenario, concretar la iniciativa del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes y del entonces ministro del ramo es una necesidad para restituir –en beneficio del país– el equilibrio entre el cuerpo y el alma del libro, entre el libro como bien económico y como bien social y cultural. Y también, para propender a un mayor equilibrio entre la cultura de masa, la cultura artística y la cultura popular.
Cabe preguntarse: ¿La propuesta que no se asumió durante los años de la Concertación, será asumida acaso, hoy en día?

Somos, más bien, pesimistas.



Patrimonio cultural material

LAUTARO NÚÑEZ
Profesor e investigador Universidad Católica del Norte, miembro del Directorio del Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, Premio Nacional de Historia.

El hecho de que la inmensa mayoría de la población, sin notables diferencias en términos de género y edad, declare no haber visitado sitios patrimoniales[1] es un fiel reflejo de una de las principales debilidades que el Estado Nacional no ha logrado superar hasta ahora. En efecto, en la misma medida que ha nacionalizado "su" patrimonio cultural a través de una legislación parcialmente obsoleta, no ha podido crear una política patrimonial uni o interministerial eficiente y moderna que, entre otros temas, sea capaz de financiar, valorar y difundir el patrimonio tangible e intangible. No se visitan los sitios, porque en las ciudades, pueblos y caseríos no se han realizado sus catastros sistemáticos y la consecuente investigación, protección, conservación y puesta en valor, con la debida participación de expertos de verdad y de la sociedad civil. Al no existir una correlación entre el proceso educacional formal y la adquisición de conocimientos patrimoniales como parte de programas específicos, los estudiantes desde niveles primarios a superiores no se han educado en estas materias y, por lo tanto, no han sido preparados para valorar sus patrimonios locales, regionales, nacionales y panamericanos. Esto explica por qué solo en escasas regiones del país se han publicado obras dirigidas a todo público para que estos sitios sean descubiertos, revelados y explicados. Tampoco se ha difundido qué se podría hacer y no hacer para que desde el mundo privado y estatal, la sociedad toda, debidamente capacitada, pudiera empoderarse, vincularse, asociarse e, incluso, administrar aquellos sitios patrimoniales que marcan sus propias identidades. Escasamente, en el Día del Patrimonio, se visitan viejos edificios con un sentido de curiosidad cercano al asombro, como que introducirse en un palacio sería el acto más educativo, no entendiéndose que el patrimonio material es mucho más que eso... Este desconocimiento refleja muchas veces el criterio elitista elegido durante los pocos momentos en que se establece este acercamiento entre patrimonio y sociedad. Enseñar que las residencias de los obreros del carbón y del salitre son también parte sustancial del patrimonio no es otra cosa que enfatizar una íntima relación entre patrimonio, democracia y esa sentida necesidad de que la materialidad observada nos enseña porfiadamente que ningún estamento social debe quedar al margen a la hora de la valoración del patrimonio identitario.

Uno de los problemas mayores que existen en este alejamiento de las obras patrimoniales tangibles es que poco se ha enseñado de una manera didáctica y efectiva sobre lo que debemos hacer para aproximarnos a los cuatro ejes que constituyen el patrimonio material en un territorio que llamamos Chile. Primero, el universo prehispánico que

1 Ver gráfico nº1 en página 12

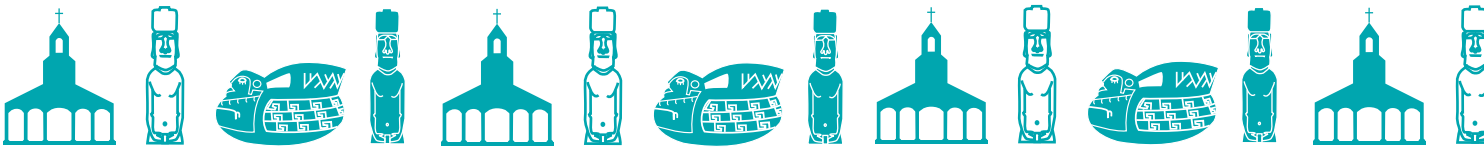
durante doce mil años expandió desde los Andes al Pacífico una multitud de seres y obras apenas conocidas, porque no eran consideradas relevantes por los antiguos historiadores conservadores. Los testimonios arqueológicos y antropológicos localizados en todas las regiones del país es una caja de Pandora aún no abierta y que merece, por su delicada conservación, una valoración urgente para que se sepa bien cuánto le debemos a los verdaderos pioneros que, como pueblos originarios, nos supieron entregar, y todavía lo hacen, un país doméstico y productivo que fuera construido por ellos inicialmente desde el desierto hasta el fin del mundo.

El segundo eje es todo lo que desconocemos de la herencia material del universo colonial indígena e hispánico. ¿Cuántas obras y objetos del mundo indígena subordinado al régimen europeo aún desconocemos? Y del estamento colonizador, no solo deberíamos conocer sus iglesias que se restauran en el medio de un debate o las fortalezas y los pocos edificios civiles que aún se mantienen, sino también sus molinos, sus embarcaciones naufragadas, fundiciones, lagares, puertos, laboríos mineros, vestigios de sus asentamientos y residuos, sus implementos de trabajo, sus viejos trazados de dameros que permanecen subyacentes al margen de la tan necesaria arqueología histórica.

El tercer eje es aquel del siglo XIX, en donde la materialidad se preserva entre los sitios tradicionales y aquellos que surgen de la modernidad, con las influencias europeas que se interdigitan y dominan sobre los asentamientos, las arquitecturas y los modos de vida derivados de la colonia. Estamos hablando de todo lo que desconocemos sobre la cultura y la materialidad del mundo rural, de las ciudades y puertos emergentes y, sobre todo, de los innovadores procesos industriales que no solamente generaron formas y tecnologías patrimoniales, sino que ampararon el surgimiento de nuevos estamentos sociales, culturales y económicos. ¿Cómo enseñaremos los valores que contienen las miradas e intereses de las elites y de aquellas sociedades subordinadas que también nos dejaron como herencia materialidades que desconocemos mucho más?

En cuarto lugar, está el patrimonio que se contextualiza entre la modernidad y la globalización y en cómo surgen materialidades a través de nuestros procesos contemporáneos, insertos en nuevos modelos de vida y de los que, por estar tan cerca de nosotros, nos cuesta mucho más identificar qué es y será patrimonio en términos del presente y futuro.

Entendiendo estas carencias en estos cuatro ejes y considerando el acto de no asistir ni comprender qué hacen allí todos estos sitios patrimoniales, nos preguntamos quién y cómo formará las nuevas generaciones para hacer suyos los actos sublimes o domésticos que acogieron estos sitios a su debido tiempo. No basta el texto panfletario. Necesitamos saber en profundidad qué sucedió en ellos y para qué sirvió todo ese esfuerzo. De lo contrario, la ignorancia será aliada de la destrucción y de allí al reconocimiento superficial y vago habrá un paso muy corto, destinado a la pérdida de la memoria material del país. Efectivamente, este no acercamiento a la comprensión inteligente de las herencias que nos dejaron nuestros antepasados podría generar una peligrosa idea que guarda relación con el no reconocimiento de la continuidad cultural, sin la cual todo cambio innovador sería vano. Dicho de otra manera, si no reconocemos cada uno de los eslabones materiales, donde nuestros antecesores debieron enfrentarse a desafíos tan grandes como los actuales, nosotros mismos hoy podríamos pensar erradamente que solo a partir de nuestras experiencias el país será posible. Porque a través del encarnamiento del patrimonio podremos percibirnos por medio de un proceso culturalmente compartido, hecho paso a paso, generación tras generación. Estas obras uno las puede tocar y observar con respeto y admiración, porque quien las hizo y las usó, al igual que nosotros, tenía una visión futura del país, porque habían decidido que este era el único territorio posible y que valía la pena que sus vidas trascendieran a través de sus obras, tanto magníficas como discretas, cada cual de acuerdo con su capacidad. Y aquí quedaron como señal inequívoca de una herencia patrimonial que se acoge y valora por toda la sociedad. No es necesario que una antigua fábrica, un viejo poblado, las residencias mapuches, los palacios y casas solariegas,



sean rotulados como bienes materiales, porque en cada caso acogieron actos plenos de intangibilidad, de ese espíritu capaz de sustentar el ethos de toda la sociedad, siempre diversa y multicultural. Definitivamente, es grave que el 90% de los chilenos declaren no haber visitado sitios patrimoniales en el último tiempo.

Se suma a lo anterior el hecho de que los grupos socioeconómicos más bajos sean los que menos se acercan a los sitios patrimoniales. Nos queda claro que la carencia de educación patrimonial, la escasa promoción del turismo cultural interno, la nula vinculación entre la sociedad civil y los sitios patrimoniales y la ausencia de una institución patrimonial en cada región, no han logrado masificar el acercamiento de todos los grupos sociales hacia los bienes patrimoniales, porque incluso en el nivel más alto solo un 27% de la población ha visitado sitios de esta naturaleza[2]. Lo grave es que aquellos que llegaron a los sitios en contadas ocasiones no siempre encontraron una adecuada información, guías eficientes, musealización acertada, materiales textuales y gráficos pertinentes, ni a sus vecinos asociados e involucrados con la gestión patrimonial a nivel local. Aunque no estoy seguro si bajo sitios patrimoniales se consideró también a los museos del país, nos interesaría conocer cuáles son las estadísticas en términos de asistencia en aquellos vinculados directamente con el patrimonio cultural a lo largo de todo el país. Quisiéramos conocer claramente cuántos son aquellos que, dependiendo de las iniciativas privadas, estatales (Dibam), universitarias, municipales, religiosas, de Fuerzas Armadas, entre otros, están cumpliendo roles importantes en términos de registro, investigación, protección, rescate, conservación, difusión educativa y turística, con una adecuada integración de los medios sociales urbanos, rurales y étnicos que nos permitan evaluar en conjunto el mejor acercamiento hacia el patrimonio material. Se advierte que no existen coordinaciones inteligentes entre sí y que, fuera de toda duda, los museos del Estado no son suficientes para emprender una innovadora política museológica que responda a las actuales necesidades del país y, principalmente, a las expectativas regionales en términos de carencia de fondos, de infraestructura, de formación de expertos y de aplicación de innovaciones. En verdad, esperamos que todos los museos que acrediten una mínima idoneidad, vengan de donde vengan, sean perfeccionados para que sean "descubiertos" por todos los estamentos sociales. Es el tiempo de reflexionar acerca de que la nacionalización del patrimonio cultural puede alcanzar un límite evidente que tiene que ver con la esperada descentralización de la valoración patrimonial, levantándolo en todas las regiones a través de un nuevo trato entre el Estado y la iniciativa privada, con especial énfasis en establecer arreglos con corporaciones culturales, organizaciones sociales y, sobre todo, con el mundo universitario y su apertura a lo largo del país a la formación de cuadros científico-técnicos vinculados con la cuestión patrimonial.

Llama la atención en el gráfico[3] de distribución de la asistencia por regiones una relativa predominancia de Valparaíso a raíz de la multiplicación de su imagen patrimonial durante el proceso de la creación de su rango de Patrimonio de la Humanidad, lo cual significaría que mientras más proyectos de valoración patrimonial existan en las diversas regiones, es muy posible que las columnas puedan nivelarse, en el supuesto de que una innovadora política patrimonial priorice en todas las regiones proyectos emblemáticos, aprobados por expertos y por las comunidades locales. Es interesante el porcentaje de la Región Metropolitana, en donde más impacto han tenido las visitas durante el Día del Patrimonio, y la alta concentración de publicaciones, museos y actividades académicas que reflejan el síndrome de la centralización en relación con las regiones del país. Otro aspecto importante es la asistencia constatada hacia el norte, donde claramente el patrimonio material en la visibilidad del ambiente desértico y sustentado en la complejidad de sus procesos arqueológicos, antropológicos e históricos, ha dado cuenta de su mayor trascendencia: el mundo de la sociedad andina, los asentamientos coloniales y sus antecesores, los museos arqueológicos, el

2 Ver gráfico nº2 en página 13

3 Ver gráfico nº3 en página 13

patrimonio minero extractivo y la arquitectura patrimonial decimonónica son, entre otros, focos atractivos suficientemente conocidos. Sin embargo, hacia el centro y el sur las columnas tienden a ser bajas, y no es que aquí haya una disminución del potencial patrimonial, sobre todo cuando el mundo rural y étnico alcanza una distribución y potencial cultural de extraordinaria importancia. De tal modo que hay aquí un enorme desafío por revelar y valorar el patrimonio de varias regiones absolutamente identitarias del país y que comparten procesos socioculturales comunes. La excepción está dada en Magallanes donde, análogamente al norte del país, ha surgido desde hace tiempo un movimiento social, intelectual y universitario que ha logrado conformar nociones de identidad y pertenencia, para lo cual se han sustentado en los valores dejados por todos sus estamentos sociales, de tal manera que el acercamiento a la materialidad heredada por sus antepasados es un hecho distintivamente plural.

Con respecto a la infraestructura patrimonial, definitivamente esta estadística no nos parece representativa, y por cierto que el número de Monumentos Nacionales en Santiago y en Valparaíso responde a los excesos del centralismo, como si estos solo aquí reflejaran las máximas urgencias, y sean más frecuentes solo por su cercanía con el Consejo de Monumentos Nacionales (CMN). Lo que ocurre es que no ha sido labor del Estado, por carecer de una institución adecuada, identificar a lo largo de todo el país cuáles son aquellos sitios o áreas que a través de una normativa científico-técnica, suficientemente moderna (que no afecte a los propietarios del patrimonio), pueda lograr una debida protección. Como se sabe, el CMN debe evaluar las solicitudes de creación de Monumentos Nacionales presentadas por instituciones o personas externas al Consejo. En consecuencia, el número de monumentos deriva de situaciones proteccionistas de corte circunstancial, coyuntural y oportunista, esto es, no refleja en esencia la cantidad de sitios que ameritan ser Monumentos Nacionales y que por razones de procedimientos anquilosados no se han involucrado en iniciativas de esta naturaleza. Al descartar los sitios arqueológicos prehispánicos que son Monumentos Nacionales per se –aunque la mayoría de ellos se encuentran abandonados o no identificados y su cifra total es imposible de precisar–, aquellos que no pertenecen a esta categoría son muchísimos más, tal como se demuestra en las regiones de Tarapacá y Antofagasta, en las que solo las ruinas salitreras deberían alcanzar a un número cercano a los trescientos Monumentos Nacionales. De allí que la curva de crecimiento es relativa y debe evaluarse en relación con el juicio anterior. Por otra parte, el Estado Nacional, por el hecho de nacionalizar el patrimonio, debería consecuentemente establecer de una sola vez o de un modo permanente, cuáles son los Monumentos Nacionales, las Zonas Típicas y los Santuarios de la Naturaleza, para tener absoluta claridad en dónde el territorio se puede intervenir y dónde no. Un país que aspira a establecer vínculos razonables entre cultura y economía necesita situarse en un modelo de desarrollo sostenido y sustentable, marcando claramente a lo largo de su territorio cuáles son sus reservas patrimoniales que permitan facilitar las inversiones y promover los desarrollos regionales desde un aparato estatal, suficientemente culto, que permita regular con fondos adecuados, internos y externos, además de normas modernas, el manejo del patrimonio cultural y natural. Se trata de adelantarse a las intervenciones a partir de un riguroso mapa patrimonial hasta ahora no realizado. Definitivamente, el número de Monumentos Nacionales no representa la frecuencia y potencialidad de aquellos que aún no han sido nominados y que, por lo tanto, están desprotegidos en un país donde el daño suele llegar primero y la protección después.

Con respecto a la difusión del patrimonio cultural, se advierte un importante incremento de asistencia en la Región Metropolitana, lo cual es consecuente con la mayor popularidad que ha logrado este acercamiento a través del correcto incremento mediático.

En cuanto a la artesanía, no alcanzo a entender por qué existe una caída en la demanda en la asistencia a las ferias[4], en comparación con el incremento y

4 Ver gráfico nº4 página 13

fortalecimiento de las organizaciones de artesanos que han logrado desde el mundo urbano, rural y étnico una notable y creciente capacidad organizativa y productiva. Con respecto a su origen, la importancia de las ferias es fundamental y merecen ser normadas y estimuladas debidamente, porque conllevan al incremento de la calidad de vida de agrupaciones de rango medio e inferior, en cuanto los regalos identitarios de estos tres ejes que sustentan la creatividad artesanal estarán claramente *in crescendo*.

Por todo lo anterior, las estadísticas comentadas nos conducen a aceptar que hay problemas críticos en el manejo y gestión del patrimonio cultural material y es indispensable instaurar un genuino liderazgo que permita una integración radical y armónica de todas las acciones, tanto estatales como privadas, con el fin de optimizar y revertir las estadísticas aquí planteadas.

Todos los gráficos de acontinuación están basados en *Segunda Encuesta Nacional de Participación y Consumo Cultural,* 2009.

Gráfico nº1 Asistencia a sitios patrimoniales según sexo

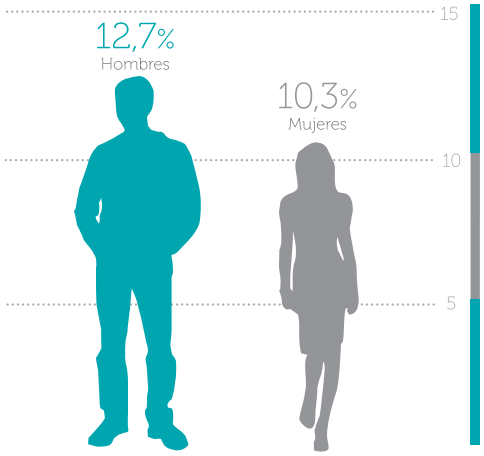


Gráfico nº2 Asistencia a sitios patrimoniales según rango de edad

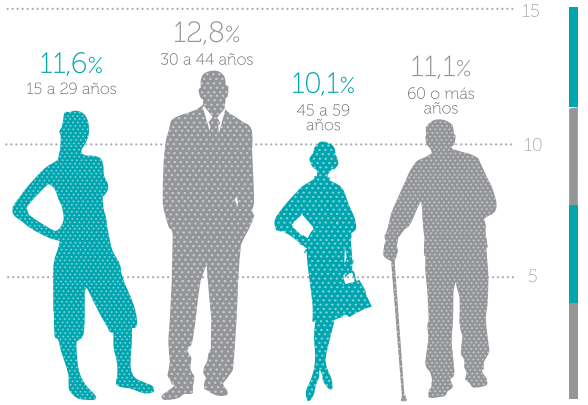


Gráfico nº3 Porcentaje de asistencia a sitios patrimoniales por región

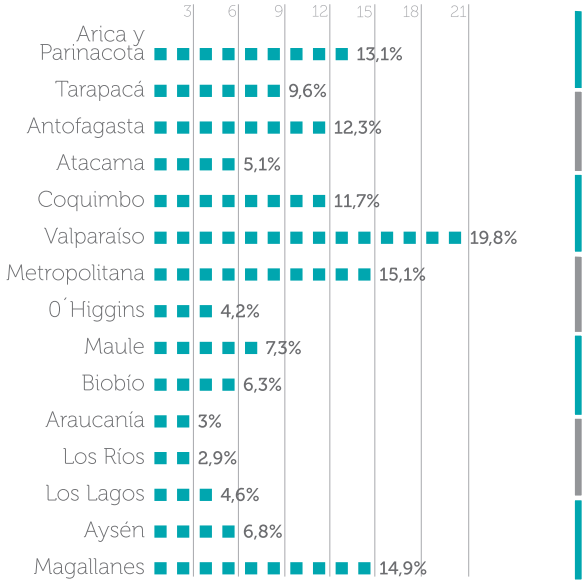
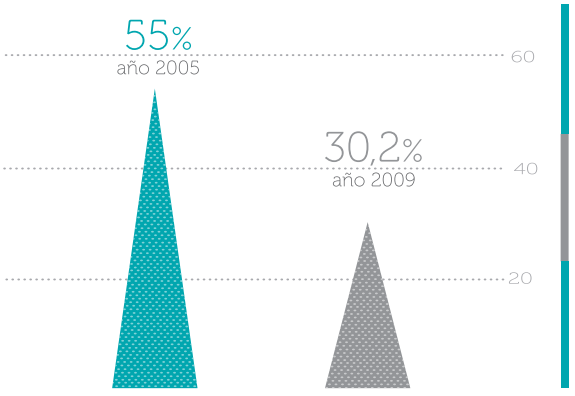


Gráfico nº4 Porcentaje de asistencia a ferias artesanales. Comparación 2005-2009 .



Chiloé, región de la memoria

RENATO CÁRDENAS
Miembro de la Academia Chilena de la Lengua; autor e investigador;
Consejero Región de los Lagos.

Vivo en una región de Chile donde la realidad se me presentó siempre, desde mi niñez, emergiendo entre la cotidianeidad. Los casos o sucesos del día a día le daban a los conocimientos guardados en la *memoria* de nuestros mayores una *reafirmación* porque seguían *ocurriendo*. Así fuimos construyendo nuestras propias memorias e identidades culturales. Así fuimos reconociendo lo propio y separando lo ajeno.

Patrimonio de la memoria

Una creencia mágica dice: "no sirve escribir en la arena porque se va la memoria". Los niños de la escuela no son inteligentes, son memoriosos; para apoyarse llevan la pluma del pájaro pilque entre sus cuadernos.

Los intangibles de las culturas solo pasan de una generación a otra, o de una época a otra, a través de la memoria. Es su soporte y su transporte. Constituye el más claro mecanismo de selección que las comunidades tienen para determinar qué es lo que vale la pena mantener y cuáles serán las formas culturales que mandamos al olvido. Es el más rico proceso de confrontación entre tradición y modernidad; entre los que transmiten y los herederos. Emisores y receptores del proceso habilitan a ciertas piezas como patrimonio. Patrimonio es una categorización diacrónica La memoria del mito nos retrae a la joven humanidad que nos conecta umbilicalmente con Caicai y Tentén Vilu, con los grandes eventos glaciales. El mito regional es mapuche, es europeo; es síntesis de esos encuentros y desencuentros étnicos. El mito se desintegra en nuestros días y a veces no es más que una fábula, pero no menos importante que el mito sincronizador de las antiguas sociedades amerindias o coloniales. Estos intangibles de nuestras culturas señorean en Chiloé, pero también están en toda la región, junto a las leyendas locales.

Es un patrimonio de las aulas, enseñando, recreando a la juventud. Poesía y puertas para la creatividad, para el futuro; para asociarnos con nuestros entornos. Para que vayamos al futuro con visiones de mundo que, de algún modo, nos modelan como comarca, nos integran; nos hacen ser.

El lenguaje, como la simbolización por excelencia de la realidad, es otro intangible que nos retrata como región, como historia, como diversidad. Hemos logrado articular distintas lenguas en formas culturales comunes y teniendo al castellano como depósito hegemónico. Empero, la lengua de la conquista ha tenido que ceder –especialmente en su léxico– al *mapudungún,* cuya etnia ya tenía

construidas las bases materiales de este *mapu* y las había nombrado con sus voces.

La historia es otra gran memoria comunitaria y parcialmente escrita. Desde Alonso de Ercilla cruzando un desaguadero, pasando por toda la experiencia de la colonia que engendró a los chilotes o la gran saga de los alemanes estableciéndose en la región, transportando en sus valijas alguna vajilla y loza heredada, pero en sus memorias vienen comidas, tecnologías, costumbres y casas cuyos modelos arman los chilotes con sus maderas y artificios lúdicos.
Cada pueblo tiene su historia local contada como una larga crónica

La memoria de los dioses. La memoria de nuestra condición lúdica. La memoria de la muerte y las exequias. La memoria del mariscar, pescar, sembrar, cosechar y preparar nuestros alimentos. La memoria de la fiesta y nuestros juegos y recreaciones.
La memoria de la enfermedad y sus medicinas.
La memoria de relacionarse. La memoria de las prohibiciones y leyes del *admapu*. La memoria de los vientos y las navegaciones. La memoria de nuestros secretos comunitarios. La memoria de los árboles y animales que nos acompañan. La memoria de las tecnologías que nos extienden las manos.

La memoria es la experiencia, el pasado, lo que hemos hecho o visto hacer. **Lo que no se recuerda no existe.**

La memoria acumula saberes, formas de producir, de relacionarse, de simbolizar el mundo con los códigos de la supervivencia y de la reproducción.
La conversación nos permite transmitir el recuerdo; al hacerlo lo aplicamos, lo volvemos sabiduría.

Estos han sido los instrumentos de la humanidad en esta parte del planeta.

Patrimonio cultural, siempre un intangible

No es la '*tira de casa*' la que encierra una situación valórica, con todo lo pintoresca que pudiera parecer, sino el conjunto de relaciones vecinales, tecnologías y espíritu laboral que han asentado el concepto de la minga.

Lo que se traspasa de una época a otra, o de una generación a las siguientes, para ser recreado, son prácticas sociales que encierran valores. Todo el conjunto de bienes que asociamos al patrimonio no son más que instrumentos, caras visibles de lo más profundo de la creación humana, en cada generación. Es la síntesis que se ha hecho de la memoria y la práctica; de los códigos heredados y la contextualización en el nuevo escenario. El lenguaje, como el grado más alto de la simbolización de una cultura, nos da un claro ejemplo de lo que heredamos y de lo que cada generación recrea.

Un violín no es la música. Pero a través de un violín rústico, que es una reinterpretación *naif* del modelo externo, de lo material, un pueblo hace música para ser decodificada de acuerdo con su concepto musical, melódico y rítmico. Tal vez un stradivarius no sería tan preciso como un violín de alerce, que suena desde la madera; y un santo patrono que pudiera parecer un mamarracho para un purista ortodoxo es la imagen que el pueblo construyó para estar tocando a la divinidad en una rusticidad que le es familiar.

Nuestra región no ha heredado grandes monumentos. Tal vez la arquitectura es su fuente más preciosa. Lo que hemos adquirido a través de las culturas es una forma de habitar; una forma de distribuir los espacios interiores y de crear el ropaje de madera para la lluvia.

¿Qué pasa con el patrimonio?

Durante las últimas tres o cuatro décadas nos hemos involucrado con el patrimonio, especialmente

reflexionando respecto a las políticas que permitan considerar este factor sociocultural en el desarrollo. En un primer momento nuestra acción fue fundamentalmente rescatista. Tratamos de evitar que se cortaran 118 mil hectáreas del bosque nativo: proyecto Astillas Chiloé (1978). Logramos detener este y un par de otros proyectos más de la década siguiente. En seguida alertamos a la comunidad nacional, especialmente a las universidades, porque que el municipio de Castro proyectaba erradicar a la población de palafitos. Por primera vez en Chile se habló de bienes patrimoniales para referirse a construcciones *ligeras*, es decir, que sin ser grandes monumentos, estaban impregnadas de experiencias de vida y sintetizaban un *modo de habitar*.

¿Qué hizo que estas casas que *afeaban el paisaje* se vean hoy como patrimoniales y se las acoja como logotipo de la ciudad? La voz de las universidades, de los expertos, de la iglesia, la valoración de la prensa y de otros sectores importantes las *proyectaron* en esa dimensión. Se develó lo que los hacía importantes.

En los años ochenta logramos rearticular a los músicos campesinos que hoy tocan en encuentros y festivales. Ellos son la herencia y esencia de la música tradicional de Chiloé, cuyos repertorios fueron construidos por sus abuelos al alero del trabajo en *mingas, medanes y días cambiados*. El Primer Encuentro de Cantores Campesinos dio pie a un nuevo escenario para esta estirpe de músicos y un valioso medio para los planes culturales de los municipios.

A mediados de la década del 2000 ya se habla de patrimonio en todo Chile como un recurso turístico, educativo y "*como legado del pasado y herencia que se trasmite a las generaciones del futuro... un elemento esencial en la reafirmación de nuestra memoria e identidad cultural*"[1]

El Estado apoya, especialmente a través de los Fondos Concursables del Consejo de la Cultura iniciativas que busquen fortalecer formas tangibles e intangibles del patrimonio. Empero, en general, no son las comunidades poseedoras de estos bienes las beneficiadas, sino los animadores culturales que extraen de ellas sus memorias, las graban y las ponen en valor en discos, libros y otros utensilios para el mercado.

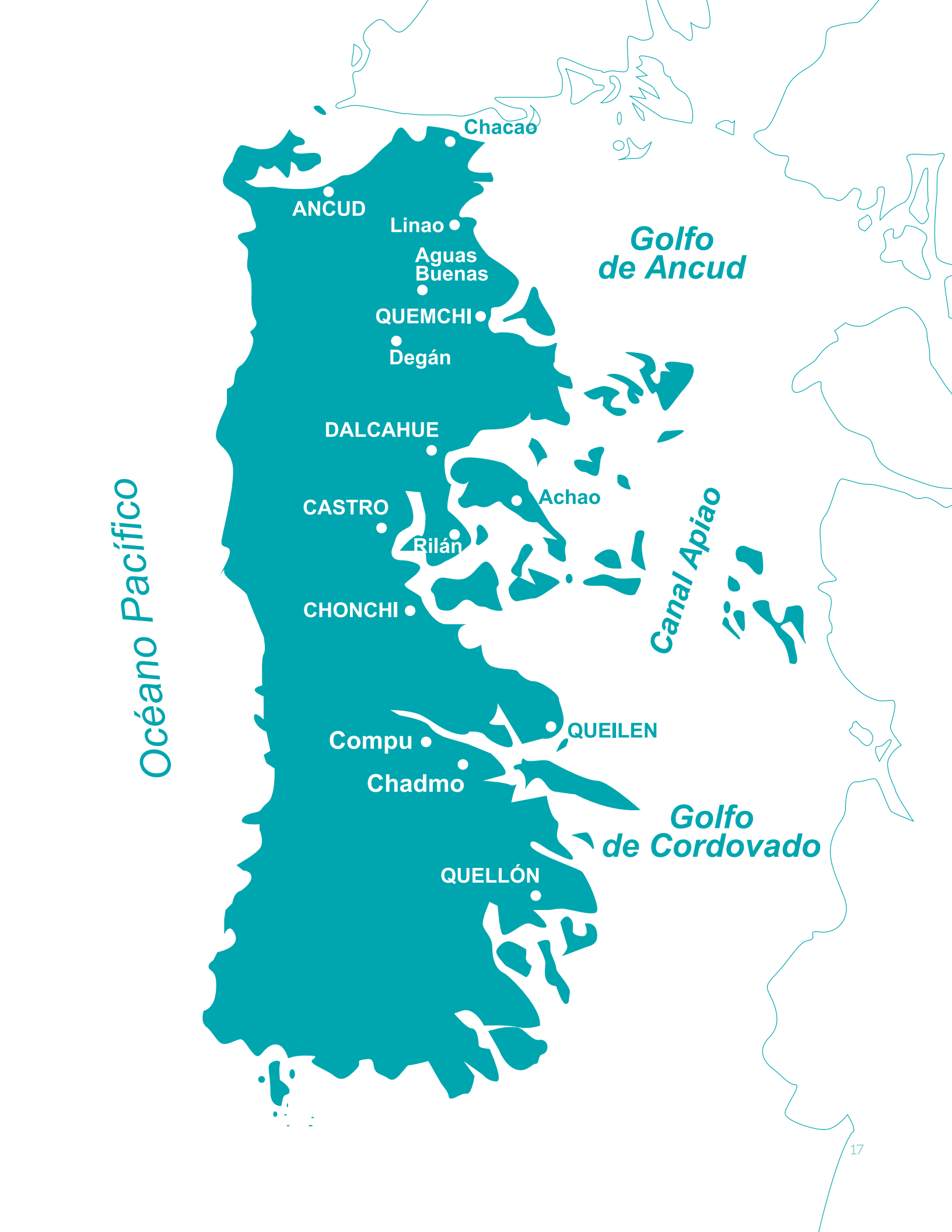
La Unesco declara a 16 iglesias chilotas como Patrimonio de la Humanidad. Se abre otro recurso para un turismo en ciernes.

La restauración de iglesias, a cargo del Obispado de Chiloé y supervisada por el Consejo de Monumentos Nacionales, ha logrado recuperar muchos templos, como el de Quinchao, que de no haberse reparado hoy estaría en el suelo. Ocurrió con hermosas iglesias como la de Quilquico. Sin embargo, hay muchos reparos por la manera en que se han recuperado estos templos que, en casos extremos, como el de Tenaún, consistió en demoler el caserón original y construir otro nuevo, clonando las formas, mejorando su construcción, pero perdiendo el templo original: la historia.

En los ochenta las industrias se instalaron en Chiloé. Usaron la mano de obra local, separando a la gente de sus comunidades y de sus prácticas sociales y culturales. Este proceso, que en un comienzo fue violento, ya adquiere ribetes. Hoy *reconocernos en lo propio* es casi una determinante local alentada por los embates de esta globalización que aquí se expresa desde las salmoneras. Cada pueblo hurga en sus memorias y en sus herencias ergológicas para mostrar lo propio. Así se testimonia en la reciente muestra "Memoria, familia y religiosidad" de la iglesia de Achao y en el proyecto de recuperación del autosacramental "Moros y Cristianos" por parte de la biblioteca de Achao y la junta vecinal de Quenac.

Son tiempos favorables para que las memorias comunitarias se dejen oír como conocimiento, sentido e identidad regional.

2 Comisión de institucionalidad patrimonial "Patrimonio: en la búsqueda del eje de nuestra identidad bases de diagnóstico y aproximación a estrategias sobre patrimonio". (Documento preliminar y en estado de avance) Santiago, 20 de noviembre del 2006: p.16


Chacao
ANCUD
Linao
Aguas Buenas
QUEMCHI
Degán
DALCAHUE
CASTRO
Riláin
CHONCHI
Achao
Golfo de Ancud
Canal Apiao
Océano Pacífico
QUEILEN
Compu
Chadmo
Golfo de Cordovado
QUELLÓN

Reseña

El espectador emancipado

Jacques Rancière

Cristóbal Bianchi
PhD, Observatorio Cultural-Sección de Estudios

El filósofo francés Jacques Rancière (Argel, 1940) reúne en este libro una serie de ensayos y conferencias realizadas entre 2004 y 2008. En ellas se formulan preguntas y situaciones de conflicto comunes a la naturaleza y práctica del arte. Destacamos en esta reseña dos discusiones.

Primero, la relación con el espectador. Sin necesidad de mencionar conceptos comunes a este tema, tales como participación y consumo, ni polemizar en cuestiones sobre la formación de las audiencias, Rancière aborda el problema en cuestión preguntando de qué forma nuestras *performances* y obras potencian la *emancipación* de los espectadores. Para responder esta pregunta, debemos asumir que el espectador es un intérprete activo que hace el esfuerzo de inventar sus propias traducciones para apropiarse del relato por sí mismo y hacerse dueño de esos relatos. El poder de los espectadores, por lo tanto, no está en la interactividad entre ellos o en el ser miembros de un colectivo sino, por el contrario, en el poder de cada cual de desarrollar una *aventura intelectual* anónima, en la medida en que como público tejemos y traducimos en nuestras propias maneras lo que estamos buscando y/o viendo. Así, lo que tiene que probarse en nuestras *performances* (enseñando, hablando, escribiendo, mirando o haciendo arte) no es la capacidad de congregar a un colectivo, sino la *capacidad de los anónimos*, es decir, la capacidad que hace a cada uno/a igual a todos/as o a cualquiera. Capacidad que se ejerce por un juego inadvertido de asociaciones y disociaciones: "No tenemos que transformar a los espectadores en actores ni a los ignorantes en doctos. Lo que tenemos que hacer es reconocer el saber que obra en el ignorante y la actividad propia del espectador" (p. 23).

Segundo, la dimensión política del arte: ¿Qué vamos a entender por arte político o política del arte? ¿Qué tan escépticos seguimos siendo con respecto al eventual poder subversivo del arte? Rancière plantea que habitan muchas contradicciones en el llamado arte político, junto con abordar qué *es* la política y qué *hace* el arte. Sin embargo, ambas variantes tienen en común apuntar a una suerte de "modelo de eficacia": hacer visibles estigmas de dominación, transmitir indignación frente a lo indignante, ridiculizar íconos o transformarse en práctica social, etcétera. Así, tomando como referencia piezas teatrales de la Europa del siglo XVIII, se pueden distinguir dos modelos de eficacia del arte. Uno es el pedagógico, donde

existe un *continuum* de causa y efecto entre la obra y las ideas del autor, y las ideas, sentimientos y acciones del espectador. Un ejemplo serían algunas piezas de *Molière* que buscan entregar un mensaje moral, una corrección de las costumbres en temas como la avaricia (*El avaro*) y la hipocresía (*Tartufo*). Hoy está representado por prácticas artísticas que ridiculizan y denuncian, por ejemplo, el abuso y doble estándar de empresas de energía, alimentos o petróleo, o bien, por series de fotografías que representan al colonizado a través de la cámara del colonizador. El segundo modelo de eficacia del arte es el *archi-ético*, en el cual las ideas y pensamiento se vuelcan y encarnan directamente en comportamiento y modos de ser de la comunidad. Este modelo, también pedagógico, opera en la *inmediatez ética*, en la cual se invierte la lógica del modelo anterior (de *mediación representativa*) hacia prácticas en las cuales el espectador se vuelve actor de la obra teatral, o bien se transforma en el *performer* que sale a la calle, dejando atrás la galería y el museo y anulando, con ese gesto, la separación entre arte y vida.

Por último, el tercer modelo de eficacia es la ruptura *estética*. Se refiere a la capacidad de suspensión de toda relación directa entre la producción de las formas del arte (saberes y hacer) y la producción de un efecto determinado sobre un público específico (fines sociales, significaciones, efectos). Una capacidad de desconexión, esto es, *la eficacia de un disenso*. El disenso no es un conflicto de las ideas, sino un conflicto entre los diversos *regímenes de sensorialidad*. Es decir, si la experiencia estética roza la política es porque es capaz de transformarse en experiencia de disenso, contraria a la mímesis (adaptación representativa) o a la inmediatez ética de producciones con fines relacionales y sociales. En este sentido, para Rancière el *disenso* es el primer marco de lo político (antes de las leyes, de la institucionalidad y del ejercicio y la lucha por el poder). La cuestión de lo político es saber cuáles son los objetos que conciernen a las instituciones y las leyes, cuáles son las relaciones que prefiguran esos objetos y qué sujetos son escogidos para definir finalmente los objetos que determinan a una comunidad política.

La relación entre arte y política se sostiene, por lo tanto, como una forma de disenso: "Hay una estética de la política en el sentido de que los actos de subjetivización política redefinen lo que es visible, lo que se puede decir de ello y qué sujetos son capaces de hacerlo. Hay una política de la estética en el sentido de que las formas nuevas de circulación de la palabra, la exposición de lo visible y de producción de los afectos determinan capacidades nuevas, en ruptura con la antigua configuración posible" (p. 65).

Referencia

El espectador emancipado, Jacques Rancière.
Manantial, Buenos Aires, 2010.
Traducción: Ariel Dilon.
129 páginas.

Vínculos
y sitios de interés

En esta institución alemana llamada Literaturwekstatt, desarrollan una serie de proyectos y novedosos festivales, en especial el Zebra Festival que relaciona cine y poesía. También la sección en cinco idiomas, posee una de las bases de datos de poesía más grandes del mundo; cada poeta seleccionado incluye traducciones y archivos sonoros.

Sitio nacional que recolecta libros en desuso. Las campañas de recolección contemplan que un porcentaje de los libros se destinen a implementar y mejorar bibliotecas de instituciones sociales en Chile.

Ubuweb es un referente muy completo para estar al día en poesía experimental. El sitio incluye todo el espectro necesario con videos, excelentes artículos y archivos históricos y contemporáneos de poesía sonora, concreta y visual.

Sitio norteamericano especializado en fotografía: reúne imágenes, entrevistas, artículos y archivos de información en fotografía histórica y contemporánea.

Comunidad y revista virtual que publica (de forma gratuita y bajo licencia *Creative Commons*) información y debates en arte y cultura, con un marcado énfasis en prácticas experimentales y nuevos medios.

Concurso orientado a tesistas de pregrado y postgrado (magíster y doctorado) que hayan realizado sus investigaciones en el campo cultural desde las áreas de educación, artes, ciencias sociales, humanidades, economía, ingenierías, estadísticas, administración pública, entre otras.

Portal colombiano donde es posible encontrar una gran cantidad de documentos relacionados con el sector de industrias culturales tales como mapeos, artículos, informes estadísticos, marcos legales, entre otros.

Publicación que reúne un breve análisis a partir de los datos de la *Encuesta de Consumo Cultural 2004-2005* y la *Segunda Encuesta Nacional de Participación y Consumo Cultural* (2009) complementados con la información de los Anuarios de Cultura y Tiempo Libre, realizados en conjunto por el Consejo de la Cultura y el INE.

Sitio británico focalizado prácticas artísticas contemporáneas relacionadas a la ciencia. Se publican proyectos, eventos, conferencias e investigaciones que cuestionan los límites tradicionales entre arte y ciencia.

Nota: Observatorio Cultural agradece las sugerencias para esta sección de diferentes miembros del Consejo de la Cultura: María Jesús Chaparro, Claudia Toro, Valentina Serrati, Felipe Mujica, Soledad Hernández, Magdalena Novoa, José Domingo Rivera y Felipe Coddou.

La invitación esta abierta para recibir información de otros sitios y vínculos de interés. Por favor escribir a: **estudios@cultura.gob.cl**

Cultura

Sección de Estudios
Observatorio Cultural